¿POR QUÉ MURIÓ CRISTO POR NOSOTROS?

"*El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*" (Mc 10,45).

Objetivo: Comprender por qué Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ofreció libremente su vida en la Cruz para redimirnos del pecado, reconciliarnos con el Padre y abrirnos las puertas de la vida eterna. Reconocer que este único sacrificio se hace sacramentalmente presente en cada Santa Misa.

I. El pecado y la necesidad de la Redención

Lectura bíblica: *Isaías 52,13–53,12*

Dios creó al hombre por amor, a su imagen y semejanza, para que viviera en comunión con Él. Sin embargo, por el pecado de nuestros primeros padres, la humanidad perdió la santidad y justicia originales.

El pecado no es simplemente la transgresión de una norma moral. Es una ofensa contra Dios, un rechazo de su amor y una ruptura de nuestra amistad con Él.

"*Por la caridad que nos tuvo, Jesucristo nuestro Señor, conforme a la voluntad de Dios, dio su sangre por nosotros, su carne por nuestra carne y su alma por nuestras almas*," – San Clemente Romano, *Primera carta a los Corintios*, 49,6.

Reflexión: Desde los primeros siglos, la Iglesia proclamó que la Redención nace del amor de Cristo. No somos salvados por nuestros méritos, sino por la entrega misericordiosa del Salvador.

San Pablo nos recuerda: "*Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte*" (Rom 5,12).

¿Por qué necesitábamos un Redentor?

- Porque el pecado nos separa de Dios y nos priva de la vida de la gracia.
- Porque el hombre no puede alcanzar la salvación por sus propias fuerzas.
- Porque ninguna criatura, por sí sola, podía ofrecer una reparación de valor infinito por el pecado.
- Porque Dios, en su infinita misericordia, quiso restaurar nuestra amistad con Él mediante su propio Hijo.

Jesucristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es el único Mediador capaz de reconciliar perfectamente a la humanidad con el Padre.

Una distinción importante: Dios no estaba absolutamente obligado a salvarnos mediante la Cruz. En su sabiduría y amor, quiso escoger la Pasión, Muerte y Resurrección de su Hijo como el camino de nuestra salvación.

Cf. *CEC 599–605; Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, III, q. 46.*

II. ¿Por qué Dios escogió la Cruz?

Lecturas bíblicas: *Juan 3,16–17; Romanos 5,6–11; 1 Corintios 1,18–25*

Si Dios es omnipotente, ¿por qué permitió que su Hijo sufriera una muerte tan dolorosa y humillante?

Santo Tomás de Aquino enseña que, aunque Dios podía haber salvado al hombre de otra manera, la Pasión de Cristo fue un medio especialmente conveniente para manifestar su justicia, misericordia y amor.

Cinco razones de la conveniencia de la Cruz:

1. Para manifestar el amor infinito de Dios.

Dios no se limita a decirnos que nos ama. Nos lo demuestra entregando a su propio Hijo. "*La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros*" (Rom 5,8).

2. Para revelar la gravedad del pecado.

La Cruz nos enseña que el pecado no es algo insignificante. Si contemplamos cuánto sufrió Cristo para redimirnos, comprendemos la seriedad de aquello que nos separa de Dios.

3. Para ofrecernos el ejemplo perfecto de las virtudes.

En la Cruz encontramos la humildad, obediencia, paciencia, fortaleza, misericordia y caridad llevadas a su máxima expresión.

4. Para movernos a la conversión.

Quien contempla sinceramente al Crucificado, descubre cuánto ha sido amado y siente el deseo de abandonar el pecado.

5. Para abrirnos el camino hacia la gloria.

Cristo transforma la muerte, consecuencia del pecado, en el camino hacia la vida eterna. La Cruz, que parecía representar la derrota de Jesús, se convierte en el instrumento de su victoria.

"*La muerte del Señor es nuestra esperanza; su muerte es nuestra vida*," – San Agustín de Hipona, *Sermón 218C, 1*.

Reflexión: Lo que para el mundo parecía una derrota se convirtió en la victoria definitiva de Cristo. La Cruz, instrumento de muerte, se transforma en signo de esperanza y vida eterna.

Enseñanza fundamental: La Cruz no representa el fracaso del amor de Dios, sino su victoria sobre el pecado y la muerte.

III. Sacrificio, expiación, satisfacción y redención

Estos cuatro conceptos teológicos nos ayudan a comprender diferentes aspectos de la única obra salvadora de Jesucristo.

1. Sacrificio: Es una ofrenda hecha a Dios como expresión de adoración, obediencia y amor. Cristo ofrece al Padre no algo exterior a Él, sino su propia vida.

Referencia: *Heb 9,11–14; CEC 613–614.*

2. Expiación: Es la reparación del pecado mediante una ofrenda que obtiene el perdón. Cristo, siendo inocente, asume voluntariamente nuestros pecados y sus consecuencias para reconciliarnos con Dios.

Referencia: *Is 53,4–6; 1 Jn 2,2.*

3. Satisfacción: Es la reparación ofrecida a Dios por la ofensa del pecado. Jesucristo satisface sobreabundantemente por nuestros pecados mediante su obediencia y amor perfectos.

Referencia: *CEC 615–616; Santo Tomás de Aquino, III, q. 48, a. 2.*

4. Redención: Significa liberación mediante un rescate. Jesucristo nos libera de la esclavitud del pecado y de la muerte mediante el precio de su propia Sangre.

Referencia: *Mc 10,45; 1 Pe 1,18–19; CEC 601.*

La enseñanza de santo Tomás de Aquino

Santo Tomás explica que la Pasión de Cristo produce nuestra salvación de diversos modos: por mérito, satisfacción, sacrificio, redención y eficiencia (*Suma Teológica, III, q. 48*).

El valor de su sacrificio no proviene solamente de la intensidad de sus sufrimientos, sino de la dignidad divina de su Persona y de la perfección de su caridad. La Cruz es, ante todo, un sacrificio de amor.

"*No fue la muerte lo que agradó al Padre, sino la voluntad de quien libremente moría*," – San Bernardo de Claraval, *Carta 190, 8,21*.

Reflexión: El valor redentor de la Pasión no consiste simplemente en el dolor físico de Jesús, sino en el amor y la obediencia perfecta con que ofrece su vida al Padre.

IV. ¿Dios Padre castigó a su Hijo inocente?

Lecturas bíblicas: *Isaías 53,4–6; 2 Corintios 5,18–21*

Esta pregunta es importante porque existe una interpretación equivocada de la Redención según la cual Dios Padre, lleno de ira contra la humanidad, necesitaba descargar su castigo sobre una víctima inocente.

Esta representación no expresa adecuadamente la doctrina católica. El Padre no es un Dios cruel que necesita ser convencido de amar a la humanidad. Es precisamente el Padre quien, por amor, envía a su Hijo para nuestra salvación. Tampoco Jesucristo es una víctima involuntaria. El Hijo eterno comparte plenamente con el Padre y el Espíritu Santo la única voluntad divina de salvarnos; y, en su naturaleza humana, acepta libremente el sacrificio de la Cruz.

Debemos distinguir:

- La justicia divina: el pecado es un mal verdadero que exige reparación.
- La misericordia divina: Dios mismo nos proporciona el medio de nuestra reconciliación.
- El amor de Cristo: Jesús ofrece voluntariamente su vida mediante una obediencia perfecta.

Santo Tomás enseña que el Padre entregó a Cristo a la Pasión, no obligándolo contra su voluntad, sino disponiendo providencialmente nuestra salvación (Suma Teológica, III, q. 47, a. 3). "*Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo*" (2 Cor 5,19).

Verdad fundamental: No fue la muerte de Cristo la que hizo que Dios comenzara a amarnos. Fue el amor eterno de Dios el que nos entregó a su Hijo para salvarnos.

V. Jesucristo, el nuevo Adán

Lecturas bíblicas: *Rom. 5,12–19; Fil. 2,5–11*

San Pablo presenta a Jesucristo como el nuevo Adán. Mientras que el primer Adán introdujo el pecado mediante su desobediencia, Cristo restaura nuestra relación con Dios mediante su obediencia perfecta.

El primer Adán	**Jesucristo, nuevo Adán**
Desobedece a Dios	Obedece perfectamente al Padre
Cede a la tentación	Vence la tentación
Busca afirmarse contra Dios	Se humilla por amor
Introduce el pecado y la muerte	Nos obtiene la gracia y la vida
Su pecado afecta a la humanidad	Su sacrificio abre la salvación a todos

"*Por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron constituidos pecadores; así también, por la obediencia de uno solo, muchos serán constituidos justos*," – San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías, III, 18,7*, retomando Romanos 5,19.

Reflexión: San Ireneo desarrolla la doctrina de la recapitulación: Jesucristo, nuevo Adán, restaura mediante su obediencia aquello que el primer Adán había perdido por el pecado.

La obediencia de Cristo alcanza su expresión suprema en el huerto de Getsemaní: "*No se haga mi voluntad, sino la tuya*" (Lc 22,42). Esta obediencia no fue una sumisión forzada, sino una entrega completamente libre.

¿Qué significa esto para nosotros?

El pecado comienza cuando el hombre prefiere su propia voluntad a la voluntad de Dios.

La santidad, por el contrario, consiste en conformar nuestra voluntad con la voluntad divina.

Cada vez que obedecemos a Dios, especialmente cuando esa obediencia exige sacrificio, participamos de la obediencia de Jesucristo.

Donde el primer Adán desobedeció, Cristo obedeció; donde el pecado introdujo la muerte, Cristo nos abrió el camino hacia la vida.

VI. Jesucristo, sacerdote y víctima

Lecturas bíblicas: *Heb. 4,14–5,10; Juan 10,11–18*

En el Antiguo Testamento, los sacerdotes ofrecían sacrificios de animales para implorar el perdón de los pecados y expresar la alianza entre Dios y su pueblo.

Sin embargo, aquellos sacrificios no podían realizar por sí mismos la Redención definitiva.

En Jesucristo encontramos algo absolutamente nuevo: Él es al mismo tiempo el sacerdote que ofrece y la víctima que es ofrecida.

Cristo es sacerdote: Porque es el único Mediador entre Dios y los hombres, que ofrece al Padre el sacrificio perfecto.

Cristo es víctima: Porque Él mismo es el Cordero de Dios que se entrega por los pecados del mundo.

Cristo es el altar: En sentido teológico y litúrgico, Cristo es también el altar de su propio sacrificio, porque en su Persona se realiza el encuentro definitivo entre Dios y la humanidad.

La tradición litúrgica expresa este misterio cuando presenta a Cristo como sacerdote, víctima y altar. A diferencia de los sacerdotes de la Antigua Alianza, Jesucristo no necesita ofrecer sacrificios por sus propios pecados, porque Él es absolutamente santo e inocente. Su sacrificio es único, perfecto y suficiente para la salvación de toda la humanidad.

"Él es el sacerdote que ofrece y la víctima que es ofrecida," – San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios, X, 20*.

Reflexión: En la Antigua Alianza, el sacerdote y la víctima eran distintos. En Jesucristo, ambos se identifican: Él mismo ofrece al Padre su propia vida para nuestra salvación.

Cf. *Heb 7,26–27; 9,11–14; CEC 613–614.*

VII. La libertad con que Cristo ofreció su vida

Lectura bíblica: *Juan 10,11–18*

Una de las verdades más importantes de la Pasión es que Jesucristo no fue simplemente una víctima de las circunstancias históricas.

Aunque fue condenado injustamente por las autoridades humanas, su entrega fue completamente voluntaria. "*Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente*" (Jn 10,18).

Esto nos enseña tres verdades:

1. Cristo no fue vencido por la muerte. La aceptó libremente para vencerla mediante su Resurrección.

2. Cristo no dejó de amar a sus enemigos. Incluso desde la Cruz, intercedió por quienes lo crucificaban.

3. Cristo murió por amor. Su sacrificio fue la manifestación suprema de la caridad divina.

¿Podía Cristo haber evitado su Pasión?

Sí. Como verdadero Dios, poseía el poder para evitarla. Sin embargo, aceptó libremente el sufrimiento y la muerte porque quiso cumplir la voluntad salvadora del Padre.

La libertad de Cristo no consistía en rechazar la voluntad divina, sino en abrazarla perfectamente por amor. La verdadera libertad no consiste en hacer todo lo que deseamos, sino en elegir libremente el bien que Dios quiere para nosotros.

VIII. ¿Por quién murió Jesucristo?

Lecturas bíblicas: *1 Timoteo 2,3–6; 1 Juan 2,1–2*

La Iglesia enseña que Jesucristo murió por todos los hombres, sin excepción. El Catecismo afirma: "*No hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo*" (CEC 605).

Esto significa que el sacrificio de Cristo posee un valor universal y suficiente para la salvación de toda la humanidad. Sin embargo, debemos distinguir dos verdades. Cristo murió por todos. Nadie queda excluido del alcance universal de su sacrificio redentor.

La salvación debe ser acogida. La Redención no elimina nuestra libertad ni significa que todos se salvarán automáticamente. Dios ofrece su gracia y nos llama a responder mediante la fe, la conversión y la perseverancia en la caridad.

¿Por qué decimos que Cristo murió "por muchos"?

La expresión bíblica "*por muchos*", presente en Marcos 10,45 y en las palabras de la consagración, no significa que Cristo haya excluido a determinadas personas. Manifiesta que el único Cristo entrega su vida por la multitud, cumpliendo la profecía del Siervo sufriente de Isaías.

La Iglesia enseña simultáneamente la universalidad de la Redención y la necesidad de acoger personalmente sus frutos.

Aplicación espiritual: Nunca debemos pensar que nuestros pecados son demasiado grandes para la misericordia de Cristo. Pero tampoco debemos presumir de la salvación sin arrepentimiento ni conversión.

IX. María Santísima al pie de la Cruz

Lecturas bíblicas: *Lucas 2,34–35; Juan 19,25–27*

En el Calvario encontramos una figura inseparable del misterio de Cristo: su Santísima Madre. María, que había pronunciado su "sí" en la Anunciación, permanece fiel junto a su Hijo hasta el momento supremo de su sacrificio. San Lucas nos recuerda la profecía de Simeón: "*Y a ti misma una espada te atravesará el alma*" (Lc 2,35). Aquella profecía encuentra una realización singular al pie de la Cruz.

"*Ella permanecía de pie junto a la Cruz, mientras los demás huían*," – San Ambrosio de Milán, *Exposición del Evangelio según san Lucas, X, 132*.

Reflexión: María nos enseña que la verdadera fe no desaparece cuando llega el sufrimiento. Su presencia al pie de la Cruz manifiesta una fidelidad sostenida por la gracia, incluso en medio del dolor más profundo.

María y la obra de la Redención

La Iglesia enseña que María cooperó singularmente con la obra de su Hijo mediante su fe, obediencia, esperanza y ardiente caridad (cf. *Lumen Gentium*, 58 y 61). Sin embargo, debemos conservar una distinción fundamental: Jesucristo es el único Redentor y Mediador entre Dios y los hombres.

María participa de su obra de manera totalmente dependiente y subordinada, nunca como una redentora paralela o igual a Cristo. María no ofrece un sacrificio distinto del de Jesús; une maternalmente su corazón y su consentimiento amoroso a la entrega de su Hijo.

"Ahí tienes a tu madre"

Desde la Cruz, Jesús confía a María al discípulo amado (*Jn 19,26–27*). La tradición católica reconoce en estas palabras una dimensión espiritual: María es dada como madre a los discípulos de Cristo. Por eso, cuando sufrimos, podemos acudir a ella con confianza. Nadie conoce mejor que María el sufrimiento de un corazón unido al de Cristo.

X. El Calvario y el Santo Sacrificio de la Misa

Lecturas bíblicas: *Lucas 22,19–20; Heb. 9,24–28*

Una de las verdades más hermosas de nuestra fe católica es que el sacrificio de Cristo en el Calvario se hace sacramentalmente presente en cada Santa Misa.

La Misa no es simplemente una reunión comunitaria ni solamente un recuerdo simbólico de la Última Cena. Es verdaderamente el Santo Sacrificio de

Jesucristo, en el cual se hace sacramentalmente presente su única y perfecta ofrenda al Padre.

Por eso, nada en la Sagrada Liturgia debe considerarse insignificante. Si verdaderamente creemos que estamos ante el misterio del Calvario, entonces todo cuanto hacemos debe manifestar la grandeza, la santidad y la belleza de aquello que celebramos.

La belleza y dignidad de los ornamentos sacerdotales, la limpieza y nobleza de los manteles del altar, el orden y la armonía en los movimientos de los monaguillos, el incienso que eleva nuestros sentidos hacia Dios, la proclamación clara, pausada y reverente de la Palabra divina, y hasta nuestra manera de vestir —con modestia, dignidad y respeto— son expresiones visibles de una realidad invisible: **estamos en la presencia de Dios y participamos del sacrificio de su Hijo.**

Lo mismo sucede con la música sagrada. Su finalidad principal no es entretenernos, provocarnos emociones pasajeras ni simplemente hacernos sentir alegres. La música litúrgica debe elevar el alma hacia Dios, favorecer la oración y expresar la santidad de los misterios celebrados. La Iglesia reconoce legítimas tradiciones y diversas formas musicales, siempre que sean verdaderamente apropiadas para la acción litúrgica. Sin embargo, no toda música folclórica, popular o emocionalmente atractiva es adecuada para la Santa Misa. **La música no debe convertir la liturgia en un espectáculo, sino ayudarnos a entrar más profundamente en el misterio de Dios.**

También el silencio, las genuflexiones, las inclinaciones y la manera de acercarnos a recibir la Sagrada Comunión deben expresar nuestra fe en la presencia real de Jesucristo. Todo esto no es simple cuestión de gustos personales, de estética o de solemnidad exterior. Es una expresión de nuestra fe. La belleza exterior debe conducirnos a la adoración interior, porque la reverencia auténtica nace de un corazón que reconoce a quién tiene delante.

La Sagrada Liturgia no debe adaptarse simplemente a nuestros gustos; somos nosotros quienes debemos permitir que la liturgia forme nuestros corazones según el misterio de Cristo.

Por eso, cuanto más profundamente comprendamos lo que sucede sobre el altar, mayor será nuestro deseo de celebrar y participar en la Santa Misa con dignidad, belleza, recogimiento y amor.

Porque si en el Calvario Cristo nos entregó todo su amor, ¿cómo no ofrecerle nosotros lo mejor de nuestra adoración?

Cf. Sacrosanctum Concilium, 28–30, 112–121; Instrucción General del Misal Romano, 22, 42, 288–289; CEC 1145–1162 y 1362–1367.

¿Qué relación existe entre el Calvario y la Misa?

En el Calvario	**En la Santa Misa**
Cristo ofrece su vida al Padre	Cristo hace presente su única ofrenda
La ofrenda es cruenta	La ofrenda es incruenta
Cristo es el sacerdote principal	Cristo actúa mediante el sacerdote ordenado
Cristo se ofrece como víctima	El mismo Cristo está presente bajo las especies eucarísticas
La Redención se realiza de una vez para siempre	Sus frutos se nos aplican sacramentalmente

Importante: La Santa Misa no repite la Crucifixión ni añade un nuevo sacrificio al de Cristo. Es el mismo y único sacrificio de la Cruz, hecho presente sacramentalmente de manera incruenta.

El Concilio de Trento enseña esta identidad entre el sacrificio de la Cruz y el sacrificio de la Misa (*sesión XXII, cap. 2*). Cf. *CEC 1362–1367*.

¿Cómo debemos participar en la Santa Misa?

No basta con estar físicamente presentes. Estamos llamados a unir interiormente nuestra vida al sacrificio de Cristo.

Podemos ofrecer al Padre, unidos a Jesús:

- Nuestros sufrimientos y enfermedades.
- Nuestros trabajos y responsabilidades.
- Nuestras alegrías y agradecimientos.
- Nuestros sacrificios y penitencias.
- Nuestro arrepentimiento y deseo de conversión.
- Nuestras oraciones por los vivos y los difuntos.

Cuando el sacerdote eleva la Sagrada Hostia y el cáliz, contemplemos con fe al mismo Señor que se entregó por nuestra salvación. El Calvario y el altar no son dos sacrificios distintos. Es un único sacrificio de amor.

XI. Tomar nuestra cruz y unirnos al sacrificio de Cristo

Lecturas bíblicas: *Lucas 9,23; Colosenses 1,24; Romanos 12,1*

Jesucristo no solamente nos invita a contemplar su sacrificio. Nos llama a participar de su misterio pascual. "*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga*" (Lc 9,23).

¿Qué significa tomar nuestra cruz?

No significa buscar sufrimientos innecesarios ni aceptar pasivamente la injusticia. Significa permanecer fieles a Dios incluso cuando esa fidelidad exige renuncia, sacrificio o perseverancia en medio de las dificultades. San Pablo escribe: "*Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*" (Col 1,24).

¿Significa esto que el sacrificio de Cristo fue insuficiente? De ninguna manera. El sacrificio redentor de Jesucristo es perfecto y definitivo. Nada puede añadirse a su valor salvador. Lo que san Pablo expresa es que Cristo permite a los miembros de su Cuerpo Místico participar de los frutos de su Pasión mediante sus propios sufrimientos unidos a Él.

Cinco maneras prácticas de unirnos a la Cruz

1. Ofrecer nuestros sufrimientos a Dios. Una enfermedad, una preocupación o una dificultad pueden convertirse en ocasión de oración y caridad cuando se viven unidos a Cristo.

2. Aceptar con amor los sacrificios de nuestros deberes. La fidelidad matrimonial, la educación de los hijos, el trabajo honesto y el servicio a los demás pueden exigir una verdadera entrega.

3. Perdonar a quienes nos han ofendido. El perdón cristiano participa de la misericordia que Cristo manifestó desde la Cruz.

4. Acudir frecuentemente al sacramento de la Confesión. Allí recibimos sacramentalmente el perdón obtenido por la Pasión de Cristo.

5. Ofrecer nuestra vida durante la Santa Misa. Podemos unir espiritualmente nuestras intenciones y sacrificios a la ofrenda eucarística de Jesucristo.

"*No basta llevar la cruz; es necesario llevarla siguiendo a Jesús*," – Inspirado en la enseñanza de San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia, sobre el seguimiento de Cristo y la renuncia a sí mismo.

Reflexión: No todo sufrimiento nos santifica automáticamente. Es la unión con Cristo, mediante la fe, la paciencia y la caridad, lo que transforma nuestras dificultades en oportunidades de crecimiento espiritual.

La enseñanza de san León Magno

San León Magno, Doctor de la Iglesia, presenta la Pasión del Señor como misterio de nuestra salvación y ejemplo para nuestra vida cristiana. No basta, por tanto, con admirar la Cruz. Debemos permitir que su gracia transforme nuestra manera de vivir. La Cruz que contemplamos sobre el altar debe convertirse en el amor que practicamos fuera del templo.

XII. Reflexión y aplicación personal

1. ¿Qué significa para mí saber que Jesucristo murió libremente por amor a mi alma? Considera cómo respondes personalmente al amor de Dios.

2. ¿Qué pecados, actitudes o apegos necesito llevar a la misericordia de Cristo? Piensa en tu conversión y en el sacramento de la Reconciliación.

3. ¿Cómo puedo participar más profundamente en el Santo Sacrificio de la Misa? Considera tu preparación, atención, oración y ofrecimiento interior.

4. ¿Qué cruz estoy llamado a llevar con mayor amor y confianza en Dios? Piensa en una dificultad concreta que puedas ofrecer a Cristo.

XIII. Oración final

Señor Jesucristo, Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, Tú que por amor aceptaste libremente la Cruz para reconciliarnos con el Padre, concédenos comprender cada día más profundamente el misterio de tu sacrificio. Que al participar en la Santa Misa no permanezcamos como simples espectadores, sino que aprendamos a unir nuestros corazones a tu ofrenda perfecta. Enséñanos a morir al pecado, a vivir en tu gracia y a amar como Tú nos has amado. Que la contemplación de tu Santísima Pasión transforme nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, para que toda nuestra vida sea una ofrenda agradable al Padre. +Amén.